

## CAPITULO XXXI.

ESPAÑA.—EL PRINCIPE DON FELIPE.

SU INFANCIA Y JUVENTUD.

De 1527 á 1551.

Nacimiento de Felipe.—Es jurado en las córtes de Valladolid.—Su infancia: su educacion física y moral.—Muerte de la emperatriz su madre.—Notable conversion al abrirse su féretro.—Rasgos del carácter de Felipe.—Es jurado en Aragon.—Su casamiento con doña Maria de Portugal.—Solemnisimas y suntuosas bodas.—Nacimiento del príncipe Carlos.—Muerte de la princesa doña Maria su madre.—Muerte del cardenal Tavera.—Sucédele el obispo Silíceo, maestro del príncipe.—Muerte del secretario Cobos.—Córtes generales de Aragon, presididas por el príncipe.—Creacion del cargo de cronista.—Llama Carlos V. su hijo Felipe á Alemania.—Notables instrucciones que le envió.—Córtes de Valladolid.—Casamiento de la princesa Maria con Maximiliano de Austria.—Quedan de gobernadores de España.—Marcha de Felipe á Flandes.—Festéjanle á competencia en Italia, en Alemania y en los Países Bajos.—Su llegada á Bruselas.—Es jurado heredero y sucesor en Flandes.—Recorre las ciudades de Flandes, Brabante, Luxemburgo y otros estados.—Fiestas públicas.—Desagradable impresion que su presencia produce en los flamencos.—Carlos y Felipe en la dieta de Augsburgo.—Pretende el emperador hacer reconocer á Felipe sucesor del imperio.—Resistencia que encuentra.—Negativa.—Vuelve Felipe á España con plenos y amplísimos poderes para regir y gobernar el reino.

Gobernaba hacía muchos años la España, á nombre y durante la ausencia del emperador y rey, su

hijo único varon el príncipe don Felipe. Asi por esta circunstancia, que nos conduce á dar cuenta de los sucesos interiores de España desde que los dejamos pendientes por seguir al emperador en los negocios generales del imperio, como por haber sido este príncipe el que despues con el nombre de Felipe II. sucedió á su padre en esta vasta monarquía y se hizo tan famoso y célebre en el mundo, creemos conveniente dar á conocer desde su mas tierna infancia al que estaba destinado á regir por tantos años los dominios españoles, en el tiempo que llegaron á su mayor grandeza, estension y poderio. Que es privilegio de los hombres que han adquirido una gran celebridad histórica, interesar de tal modo, que no hay incidente ó circunstancia de su vida, por mínimo que parezca, que no escite, sino un verdadero interés, por lo menos una no estraña curiosidad. Sin embargo, como no sea de nuestro propósito hacer las biografías de los reyes, sino la historia de la nacion, tendremos que limitarnos á consignar aquellos rasgos de su vida que, ó tengan relacion con los negocios públicos y la gobernacion del estado, ó de algun modo contribuyan á dibujar el carácter del hombre, ó la índole y fisonomía de su época ó de su siglo.

El deseo de Carlos I. de España y V. de Alemania de tener sucesion varonil que heredára en su día su trono y sus coronas, y el placer con que España ha visto siempre el nacimiento de los príncipes herede-

ros, se vió cumplido el 21 de mayo de 1527 en Valladolid. Púsose al hijo de Carlos de Austria y de Isabel de Portugal el nombre de su abuelo paterno, y derramó el agua bautismal sobre la cabeza del niño Felipe en la iglesia del monasterio de San Pablo de aquella ciudad de Castilla el arzobispo de Toledo don Alonso de Fonseca <sup>(1)</sup>. Mas la alegría y satisfacción de los pueblos se vió en gran parte turbada por una orden del emperador mandando suspender las fiestas y regocijos públicos con que se iba á celebrar y solemnizar en el reino el nacimiento del príncipe. Aquella orden era motivada por el sentimiento y pesadumbre que, si no tuvo, demostró al menos el emperador por el asalto y saco de Roma, y por la prision

De aquí comenzaría nuestra tarea (si fuera posible y conveniente seguirlo) de notar la multitud de invenciones con que escritores aduladores y parciales han sobrecargado la historia de Felipe II., adulándola y desfigurándola á su placer y antojo.

Hay quien asegura muy formalmente que se le puso el nombre de Felipe, porque Felipe ó Filippo, significa *Filius pius, hijo piadoso*, porque tal había de mostrarse en sus acciones. Y en verdad que si así fuera, es menester confesar que en su abuelo, que se llamó lo mismo, estuvo bien lejos de corresponder la conducta del sugeto á la etimología del nombre.

Con la misma formalidad nos enseña el propio autor que su madre sonó muchas veces que llevaba en su vientre un *Mapamundi*, y que luego se esplicó bien el sueño, porque se vió que ningún mo-

arca del mundo había sido tan rico en estados y señoríos. Que á la hora del parto, sintiendo aquella magnánima señora muy fuertes y extraordinarios dolores, avergonzándose de que la vieran sufrir, hizo apagar las bugias por espacio de seis horas que aquellos duraron; que aconsejándole los que estaban cerca que no se abstuviera de quejarse por ser cosa muy natural, respondió ella que «la muerte misma no le arrancaría un suspiro del pecho, ni una lágrima de los ojos, porque la consolaba la esperanza de que pariría un príncipe que fuera causa de alegría y no de tristeza para sus pueblos.» Y añade, que el duque de Najera andaba diciendo despues por todas partes: «De otras mugeres nacen hombres, de nuestra emperatriz nacen ángeles.» Véase Gregorio Leti, *Vita di Filippo II.*, parte prima, lib. IV.

y cautiverio del pontífice Clemente VII. que por aquel tiempo acababa de hacer el ejército imperial al mando del duque de Borbon, con escándalo de toda la cristiandad: acaecimiento de que dimos cuenta en nuestro capítulo XII, y el mismo que motivó el edicto imperial mandando hacer en todos sus dominios rogativas públicas por la libertad del pontífice que tenia preso y bajo su custodia un general español.

Al año siguiente (19 de abril, 1528), fué reconocido y jurado el príncipe Felipe por las Córtes de Castilla heredero y sucesor del reino, en el monasterio de San Gerónimo de Madrid. Crecia el niño Felipe al lado de su hermana la infanta doña Juana, y al cuidado de la emperatriz su madre y de don Pedro Gonzalez de Mendoza su ayo, los cuales residían alternativamente, buscando los lugares mas sanos en cada estacion, entre Madrid, Ocaña, Toledo, Aranjuez, Avila y otros pueblos de Castilla. A los cuatro años de edad mostraba ya el príncipe una capacidad intelectual no comun; notábanse en él ciertos rasgos de ingenio; enojábase y se enfadaba con facilidad; en sus juegos infantiles gustábasele justar, y él era el que ordenaba las justas: cabalgaba ya él solo, y era arriesgado y travieso, tanto que su madre tenia que castigarle á veces formalmente y aun ponerle la mano <sup>(1)</sup>.

(1) Felizmente tenemos noticias auténticas de la niñez de Felipe, que confirman lo que dejamos espresado. Tales son los siguientes párrafos de cartas que hemos tomado de la curiosa correspondencia de su ayo don Pedro Gonzalez de Mendoza con el

Encomendada despues su crianza á don Juan de Zúñiga, comendador mayor de Castilla, y su educacion literaria al doctor Juan Martinez Siliceo, teólogo

emperador su padre, en que le va informando del estado del príncipe y de sus progresos. Consérvase original en el Archivo de Simancas. Estado, legajo núm. 22.

«El Príncipe está tal que de un día á otro se halla gran mudanza en S. A.: no se puede escusar de contar algunas cosas de las que dice y hace, porque son dinas de memoria. V. M. preste paciencia al corrimiento de Padre. Este día pasalo le suplicaba una dama que recibiese un paje y nunca quiso, y decía que tenía muchos, que no lo podía tomar, que lo diesen á su hermana que no tenía ninguno; dijéronle que ella no tenía paje, an prestó, respondió enojado, pues busca otro Príncipe, por esas calles los había. Desdo hubo tantos testigos que V. M. lo puede muy bien creer. Su pasatiempo es ordenar justas á los niños, y las lanzas son velas encendidas, y paran los encuentros en el doctor Villalobos donde vienen á morir, con el cual suele S. A. enojarse algunas veces porque no le quiere dar de comer todo lo que quiere. Es tan travieso, que algunas veces S. M. se enoja de veras; y ha avido azotes de su mano, y no faltan mugeres que lloran de ver tanta crueldad. V. M. crea que dá mucho placer á S. M. y aun toda la casa goza de lo que ven hacer. Otras muchas cosas se podrían decir, y algunas de la Señora Infanta dejallas e para cuando yo vaya por tener que llevar.»

En otra autógrafa del mismo, fecha en Ocaña á 15 de abril

(año 1531) hay el párrafo siguiente:

«La Señora Infante crece y engorda cada día, y pónese en hacer un sarao cuando sea de veinte años, y el Príncipe la entretiene como gentil galante. Plega á nuestro Señor que V. M. los vea presto y los goce muchos años, que no se han visto tales dos criaturas jamás. La incredulidad que V. M. suele tener de semejantes cosas hace que no ose nadie atreverse á contar lo que dicen, lo cual se harian largamente si para ello uviese licencia.»

«S. A. está sin reliquia de la dolencia con que salió de Madrid, y a engordado y arreciado; nunca está quedado, conoce las calidades de las personas que le sirven como si pasase de diez años, y con S. M. pasa buenas cosas. Guarde y acreciente nuestro Señor la vida y Real persona de V. M. con acrecentamiento de mas Reynos y Señorios. Fecha en Ocaña á 15 de Abril.—S. C. C. M. los Reales pies de V. M. besa su vasallo.—Pero Gonzalez de Mendoza.»

En otra del mismo al emperador, fecha en Ocaña á 30 de abril hay el párrafo siguiente:

«S. M. (la Emperatriz) á Dios gracias, esta mejor cada día, y el Príncipe é Infanta ansy mismo. El deseo de la venida de V. M. impide no ser esto en mas cantidad. Fue esta semana pasada á Aranjuez, y estuvo tres dias: oigó mucho y andubo en carretas mas de dos leguas y allase muy bien. Preguntábame cómo eran las de Flandes, y deseando tener

de la universidad de Alcalá y catedrático en la de Salamanca; á los nueve años (1536), progresaba el príncipe Felipe en el estudio de la doctrina y moral cristiana, de la aritmética, de las lenguas italiana y francesa, y de la gramática latina, si bien ésta se le hacía harto penosa, y tardó en vencer las dificultades de su artificio (1). Ejercitábase al propio tiempo en

dellas, dije que lo escribiría á V. M. y la suya se rió y dióme licencia para que lo hiciese. V. M. debe mandar que traiga Domingo de la Cuadra un par de carros de los de Madama que haya gloria, ú de otros si los uvieré mejores, y caballos para ellos, que será la cosa con que S. M. mas volgará. Y así lo ha hecho con saber que trae las hacaneas.

«El Príncipe fué con S. M. y anduvo en su mulica solo y hallóse muy bien. en el campo comió mejor y durmió que lo hacia en el lugar. No pudian con él que entrase en las carretas con S. M. deseaba que llevasen allá á la Señora Infanta, que se halla muy bien con su compañía, por donde le parece que no será mal galan. Dios los guarde y la Real persona de V. M. acreciente con mas Reynos y Señorios. Fecha en Ocaña á 30 de Abril.—S. C. C. M. —Los Reales pies de V. M. besa —P. Gonzalez de Mendoza.»

Carta autógrafa de Pedro Gonzalez de Mendoza.

«S. C. C. M.—S. M. partió de Ocaña el miércoles y viene muy buena, y mas gorda que ha estado despues que vino de Portugal. El Príncipe y la Infanta tales que dan mucho placer á la Emperatriz nuestra Señora. S. A.

«salió de Toledo en un machico pequeño, y no quiso que le sentasen en la silla sino los pies en los estribos. Salimos á pie de una parte el marqués de Lombay y de otra yo teniéndole, y la gente cargó tanto para velle que no se pudian hender las calles, y diciendo á S. M. cosas para reir y muy alegre de verse cavalgado. Las bendiciones del pueblo no oheran pocas ni el contentamiento que les quedó de verle. Oy a salido á ofrecer sus años que son cuatro y parece de mas. Plega á nuestro Señor que ofrezca tantos como S. M. desea y todos hemos menester. En tardando correo tiene S. M. pena y por esto devyan apresurar. Porque desde catorce hay cartas de V. M. y si fuesen con nueva de la bienaventurada venida á estos Reynos, no serian mal recibidas. Guarde y acreciente nuestro Señor la vida y Real estado de V. M. con mas Reynos y Señorios. Fecha en Illescas á 20 de Mayo.—S. C. C. M. —Los Reales pies de V. M. besa. —Pedro Gonzalez de Mendoza.»

«Omitimos, para no ser difusos, otras muchas cartas, que tenemos, sobre la crianza, educacion, adelantos é inclinaciones del príncipe en su primera edad.

(1) Sabemos estos pormenores por las cartas, que originales hemus visto, del maestro Siliceo al

cabalgar, y en otros corporales ejercicios, aunque unos y otros sufrieron aquel año temporales interrupciones á causa de las viruelas y otros males que padeció el príncipe (1).

No habia cumplido aun Felipe los doce años, cuando tuvo la desgracia de perder á su escelente madre la emperatriz Isabel que habia gobernado con sabiduría el reino durante la ausencia del emperador Carlos V. en su famosa expedicion á Tunez en 1535.

emperador, dándole cuenta de los adelantos del príncipe.—«El estudio del Príncipe, le decia en una de ellas, cuanto á la gramática ha sido algo penoso, porque se le ha hecho dificultoso el tomar de coro; ya, bendito Dios, va mostrando voluntad y mas progreso, porque comienza ya á gustar del artificio de la gramática; en lo demas de su salud y virtuosa conversacion, sé decir que cada dia cresce, y da mucho contentamiento á los que le conversan. La Infanta en el leer se ha detenido mas que el Príncipe, aunque el escribir se le da mejor; está muy buena, y con toda la gracia, honestidad y virtud que su persona requiere. De Madrid á 16 de julio de 1536.—De V. S. C. C. M. vasallo, que sus imperiales pies y manos besa.—El maestro Siliceo.—Archivo de Simancas, Estado, legajo núm. 38.

«Su Magestad de la Emperatriz, le decia en otra, y el príncipe é infantas están buenos, bendito Dios. Quanto al estudio del Príncipe, sabrá V. M. como ya está fuera del mayor trabajo que hallamos en gramática, por-

que sabe las conjugaciones y algunos otros principios, lo cual tengo en mas que la mitad de lo que resta; presto comenzará á oír algun autor, y será el primero, si á V. M. parece, el Caton, el cual es muy limpio en lo que dice, y tiene sentencias muy necesarias para la vida humana.... La Infanta va aprovechando mas de cada dia, aunque no se da tanto á las letras como su hermano.» De Valladolid á 27 de setiembre de 1536.—Archivo de Simancas, ibid.

(1) «El Príncipe cresce en todo, decia su ayó el comendador Zúñiga al emperador su padre: entendemos en buscar caballos para S. A. con las calidades que V. M. manda, y en tanto cabalga en una haca grande de S. M., que es muy mansa y de buen cuerpo. De Valladolid á 15 de julio de 1536.»

Lo de las viruelas y otras enfermedades que el príncipe sufrió en Madrid lo cuentan largamente los médicos Escoriaza y Villalobos en carta al emperador, fecha 5 de mayo, que original hemos visto tambien.—Archivo de Simancas, Estado, legajo núm. 38.

Falleció aquella magnánima princesa en Toledo (1.º de mayo, 1539), al tiempo de dar á luz otro príncipe, que nació tambien sin vida, para mayor desconsuelo del emperador, del príncipe, y del reino entero, que todos lloraron la pérdida de aquella prudente y virtuosísima reina á la temprana edad de treinta y ocho años. Hasta el rey Francisco I. de Francia, con ser tan enemigo del emperador, la hizo unas solemnísimas honras. Suntuosísimas fueron las que se celebraron en Toledo, y con no menor pompa fueron conducidos procesionalmente sus mortales restos á la capilla real de Granada, donde aconteció con ellos un caso, que bien merece los honores de la historia.

Al abrirse la caja de plomo en que iba el cuerpo de la emperatriz, hallóse su rostro tan horriblemente desfigurado y feo, habiendo sido ella singularmente hermosa, que causó lástima y espanto á cuantos la vieron, y nadie se atrevió á afirmar que aquel fuese el mismo rostro de la emperatriz. El marqués de Lombay, que habia de hacer la entrega del cuerpo, no atreviéndose á prestar el juramento en la forma de costumbre de ser el mismo cuerpo de la emperatriz Isabel, se limitó á jurar, que segun la diligencia y cuidado que se habia puesto en conducirlo y guardarlo, tenia por cierto que era aquel, y no podia ser otro. En seguida, poniéndose á contemplar el cadáver de la que en vida habia sido tan amada en el mundo: «¿Y es esta, exclamó, aquella emperatriz

Isabel, tan celebrada por su hermosura, por sus gracias, por sus virtudes, gobernadora de tantos reinos, señora de tantos pueblos, esposa de un César tan grande? ¿Y qué se ha hecho aquel esplendor de su rostro, aquel magestuoso continente, aquel semblante que la hacia aparecer un ángel entre las mugeres?» Y la contemplacion de aquel espectáculo hirió tan viva y profundamente su imaginacion, que dándose á meditar sobre el término y fin de las mayores grandezas de la tierra, determinó renunciar á un tiempo sus estados, la brillante posicion que tenia en la córte imperial, y todas las pompas mandanas, para vestir el hábito de Loyola y entrar en la compania de Jesus. Este marqués de Lombay, heredero del ducado de Condé, es el que despues de esta resolucion se hizo tan famoso por sus virtudes, que hoy le venera la Iglesia contándole en el catálogo de sus santos con el nombre de *San Francisco de Borja* (1).

Quedábale al emperador, despues de la sentida muerte de su esposa, el consuelo del príncipe su hijo, que al paso que crecia en años adelantaba en instruccion, y mostraba particular aptitud, inteligencia y aficion á los negocios públicos; que así ejercitaba sus fuerzas en partidas de montería, esperando ya, aunque jóven, á caballo en su puesto, armado de vena-

(1) Historia de la Compañía de Jesus.—Vida de San Francisco de Borja.—Sandoval, Hist. del Em-

perador, lib. XXIV.—Leti, Vita di Filippo II. part. prima, lib. VI.

blo, á las fieras del bosque, como iba entendiendo ya en lo perteneciente á la gobernacion de un Estado (1).

(1) Podemos completar las noticias relativas á la educacion física y literaria del príncipe á la edad de catorce años con los siguientes párrafos sacados de entre los muchos documentos que sobre esta materia tenemos á la vista.

En 17 de enero de 1540, desde Madrid, decia el comendador mayor de Castilla, don Juan de Zúñiga, al emperador: «S. A. está muy bueno y crece en todo; si que su estudio como cuando V. M. aqui estaba, y despues que vino la caza de V. M. sale dos veces al campo cada semana y otra los sábados á Nuestra Señora de Atocha, y aun entónces, si hav nueva de liebre echada, la va á tirar.»

En otra de 15 de febrero: «Su Alteza está muy bueno, y la semana pasada fué al Pardo y tiró dos saetas, á un razonable ciervo la una, y á una manada de ciervas la otra: errólas entrambas; la primera fué en lazo. Fué y vino en litera, pero anduvo en el monte á caballo bien seis horas, que á él no se le hicieron dos, y á mí mas de doce.... Mañana irá á caza con los halcones y á tirar alguna liebre echada.»

En 19 de marzo: «A liebres echadas y á perdices con podencos de muestra ha hecho S. A. señalados tiros los dias que ha salido á caza con los halcones.»

En 19 de mayo (y suprimimos todas las cartas intermedias): «Su Alteza estuvo allí (Aranjuez) cuatro ó cinco dias, y volvió aqui para Pascua: holgóse mucho, porque en los dos dias que estuvo hubo oxeo de conejos y mató mas de veinte, y dos ó tres

liebres. Así mismo otro dia mato dos gamos, de que estaba la mas contenta persona que nunca se vió. A mí me hizo cierta burla de una liebre que me tenia puesta muerta para que la tirase, y con haberla yo acertado aunque estaba muerta, me contenté.»—Archivo de Simancas, Estado, legajo núm. 50.

Por lo que hace á la educacion literaria, pasados cuatro años de haberle dedicado al estudio del latin, escribia el maestro Siliceo al emperador, de Madrid á 19 de marzo de 1540: «En lo que toca á la enseñanza del Príncipe digo, que en latin va mucho adelantado, y antes de medio año, como creo, podrá pasar por sí todos los historiados que han escrito, por dificultosos que sean, á lo menos con poca ayuda de maestro; en el hablar latin ha parto aprovechado, porque no se habla otra lengua en todo el tiempo del estudio, y el uso le hará doto en el hablar tanto y mas que la leccion. El escribir en latin se ha comenzado; tengo esperanza que le sucederá mucho bien. Los dias pasados estuvo Su Alteza en Alcalá y visitó á todos los letores, y oyó lo que leian, y puede creer V. M. que á todos los entendió, sino fué al que leia Hebrayco, y holgó tanto en los oír y entender lo que decian que ningund trabajo le fué todo el tiempo que los oyó, que serian mas de tres horas. De salud está muy bueno, bendito Dios, y muy alegre, porque goza de los dias de caça que V. M. mandó se le diesen. Puede creer V. M. que da muestra y esperanza á todos los que le conversamos que será

De tal manera le gustaba guardar la dignidad de príncipe, que como en una ocasión entrase el cardenal Tavera, arzobispo de Toledo, cuando le estaba visitando el comendador su ayo, y éste mandara al prelado que se cubriese, el príncipe se apresuró á tomar su sombrero, y dijo: «*Ahora, cardenal, podeis poner vuestro bonete.*»

Cumplidos los quince años, fué jurado príncipe y sucesor de los reinos por los aragoneses en las cortes de Monzon (agosto, 1542), con condicion expresa de que no pudiese ejercer jurisdiccion alguna sin que prestara el acostumbrado juramento en la Seo de

»tan siervo de Dios y sabio rey  
»qual el rey ha menester y V. M.  
»desea. — Nuestro Señor, etc.»  
»el 22 de junio: «Pues es  
»justo, siempre que se ofresce cor-  
»reo, dar parte á V. M. del estu-  
»dio del Príncipe nuestro señor,  
»en esta solo diré que como de  
»cada un día crece en saber, así  
»parece crecerle la voluntad á las  
»letras, y prometo á V. M. que  
»aunque la caça es al presente la  
»cosa á que demuestra mas volun-  
»tad, no por eso afloja en lo del  
»estudio un punto, y haso de te-  
»ner á mucho que en esta edad de  
»catorce años, en la qual natura-  
»leza comienza á sentir flaquezas,  
»haya Dios dado al príncipe tanta  
»voluntad á la caça, que en ella  
»y en su estudio la mayor parte  
»del tiempo se ocupe, las cuales  
»dos cosas, tomadas templada-  
»mente, dan salud al cuerpo y  
»aumentan las virtudes del ánima.  
»Está ya tan crecido, que parece  
»mucho otro del que V. M. dejó.  
»Nuestro Señor, etc.—El maestro

»Siliceo.—Simancas, Estado, le-  
»gajo núm. 50.

En junio de 1544 continuaba diciendo don Juan de Zúñiga al emperador: «S. A. está muy bueno y crece... y aun de dos meses á esta parte tengo mas esperanzas que solia que ha de gustar mas del latin de lo que yo pensaba, de que yo holgaria mucho, porque lo tengo por parte muy principal en un príncipe ser buen latino, así para saberse regir á sí como á otros, y especialmente quien espera tener debajo de sí tanta diferencia de lenguas, es bien saber bien una general por no se obligar á saberlas todas.»

Y en la misma carta le decia, que el día de pascua (de aquel año, 1544) habia comenzado el príncipe á *vestirse de colores y traer cosas de oro*, y que aquel mismo día habia hecho la primera comunión, «por ser ya pasado de los catorce años.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 51.

Zaragoza, como lo verificó con toda solemnidad (21 de octubre). Autorizósele tambien para celebrar y presidir las cortes convocadas por su padre, cuyas altas funciones comenzó á ejercer muy pronto á causa de los continuos viages y ausencias del emperador. Y á poco tiempo, cuando la nueva guerra que Francisco I. de Francia movia por todas partes á Carlos V. obligó á éste á pasar á Italia y Alemania (mayo, 1543), ya dejó confiada al príncipe Felipe, de edad entonces de diez y seis años, la gobernacion del reino, bajo la direccion y consejo del secretario Francisco de los Cobos, menos en lo tocante á la guerra y á los negocios de la milicia, de cuya parte quedaba encargado don Fernando de Toledo, duque de Alba, y mayordomo mayor de Su Magestad Imperial.

En aquel mismo año se concertó casar al príncipe don Felipe con su prima la infanta doña María de Portugal, hija de los reyes don Juan III y doña Catalina, hermana del emperador. Estas bodas fueron de las mas notables que se han hecho entre príncipes en España, por el lujo, ostentacion y aparato que se empleó desde los primeros preparativos, y por el pomposo ceremonial con que se celebraron. Los escritores de aquel tiempo nos han dejado minuciosas descripciones del viage que hizo de Madrid á Badajoz á recibir á la princesa el maestro del príncipe, don Juan Martinez Siliceo, obispo ya de Cartagena, y de la grandeza con que el duque de Medinasidonia, don

Juan Alonso de Guzman, alhajó su casa para hospedar á la ilustre novia. El obispo en su pausado viage gastaba, dicen, setecientas raciones cada dia; su comitiva era brillante; llevaba multitud de acémilas y reposteros, pages, escuderos y criados, todos con ricas y lujosas libreas de seda y terciopelo, con franjas de oro, chapeos con plumas y otros adornos, con los cuales competian los paramentos de los caballos, y en las comidas no faltaba, así en viandas como en vinos, ningun género de regalo. El duque, por su parte, gastaba, dicen, seiscientos ducados cada dia en la mesa, y para el recibimiento del obispo en Badajoz llevaba doscientas acémilas todas con reposteros de terciopelo azul, y las armas bordadas de oro. Unos y otros llevaban músicos en su comitiva, y en la del duque iban además ocho indios con unos escudos de plata redondos y grandes, en cada uno de los cuales habia un águila que sostenia las armas del duque y de la duquesa. Y para colmo de lujo y de capricho, hacian parte del cortejo tres juglares, llamados Cordobilla, Calabaza y Hernando, ridículamente vestidos, y un enano con sus puntas de decidior y discreto. Así la casa del duque como la que se destinó para alojamiento del obispo competian en el lujo del menage, en tapicerías, colgaduras, doseles, y bajillas de oro y plata (1).

(1) Relacion del recibimiento Portugal, hija de don Juan III. etc., que se hizo á doña Maria, infanta de escrita por un contemporáneo de

No era menor el boato y el cortejo con que venia la infanta de Portugal. Acompañábanla el duque de Braganza, el arzobispo de Lisboa, y muchos otros personajes, hidalgos y damas portuguesas. Traia cerca de tres mil acémilas con reposteros y otras tantas sin ellos; músicos, cantores, ministriles, enanos, etc. Al llegar la princesa á Elvas (octubre, 1543), comenzaron á cruzarse los correos entre los de una y otra comitiva para acordar el dia de su entrada y recibimiento en Castilla. Convenidos ya en que fuese el lunes siguiente, moviéronse tales disputas entre portugueses y castellanos sobre el ceremonial, y principalmente sobre el lugar que correspondia á cada uno, pretendiendo cada cual para sí el de preferencia, que no pudiendo concertarse, llegó el lunes señalado y la princesa no vino á la raya segun estaba dispuesto (1). Incomodáronse de tal modo los hidalgos portugueses, que faltó poco para que por una disputa de etiqueta se deshiciera la boda, y anduvo ya tan valida la voz de que se volvian á Lisboa para casarla con el infante don Luis, que hubo en los dos campos no poco sobresalto y alboroto (2). Al fin, cediendo de su de-

los que componian la comitiva del principe.—Coleccion de documentos inéditos, tom. III.—Sandoval, lib. XXVI.

(1) Dice Sandoval que no sabe la causa porque se diferió la entrada de la princesa. La causa, segun la Relacion manuscrita, no fué otra que la cuestion de etiqueta, en la cual nadie queria ceder.

(2) «Algunos habia, dice la Relacion, que juraban á Dios que no la habian de dar; que si fuera para algun fillo bastardo de Deus, que pasára; pero que tanto por tanto ahí estaba o infante, con quien todo el reyno queria que se casase, y que ninguno del habia sido llamado para dar parecer de que vimese á Castilla.»

recho para evitar un escándalo el obispo de Cartagena, se arregló el ceremonial, y se adelantaron todos los castellanos hasta el puente del río Caya que divide á Portugal de Castilla, donde habia de ser entregada la princesa. Salió ésta de la litera en que venia, y montó en una mula. Traia un vestido de raso blanco recamado de oro, y encima una capa castellana de terciopelo morado. Pareció á todos muy hermosa y gentil; era de mediana estatura, y tenia entonces diez y siete años, medio mas que el príncipe.

La entrega se hizo con toda ceremonia y solemnidad; la entrada en Badajoz fué magnífica, y el viage desde aquella ciudad á la de Salamanca, donde habian de hacerse las bodas, y en el cual se invirtieron muchos dias, haciéndose á muy cortas jornadas, fué una sucesion continua de fiestas y espectáculos en los pueblos, y de suntuosos banquetes con que recíprocamente se agasajaban los magnates portugueses y castellanos. El príncipe don Felipe se apareció de incógnito en varias de las poblaciones por donde transitaba la princesa, á la cual se complacia en mirar, ó desde alguna casa donde se escondia, ó desde la calle embozado, á guisa de enamorado galan á quien le estuviera prohibido ver su novia, y así la fué siguiendo hasta Salamanca. A los tres cuartos de legua de esta ciudad se aparecieron sucesivamente varios cuerpos de caballería é infantería, que escaramuzaron delante de la princesa y ejecutaron varios simulacros

de combate que dieron á todos gran placer. Cerca de la ciudad se presentaron la universidad, el cabildo, el ayuntamiento y corregidor, todas las corporaciones con sus respectivos trages de ceremonia. El de la princesa era una hermosa saya de tela de plata con labores de oro, gorra de terciopelo con una pluma blanca entreverada de azul con clavos y puntas de oro. Llevaba la rienda de la mula el caballero Luis Sarmiento, embajador de Castilla en Portugal, y circundábanla sus camareras y damas, el arzobispo de Lisboa, el duque de Medinasidonia, los obispos de Salamanca y de Leon, y todos los demas personajes españoles y portugueses. Habíanse levantado muchos arcos triunfales con inscripciones y versos. Duró el recibimiento desde la una y media de la tarde hasta las siete de la noche. El príncipe se hallaba disfrazado en casa del doctor Olivares, para ver al paso á su novia; súpolo la princesa, y al pasar se cubrió el rostro con el abanico, el cual apartó con chistoso atrevimiento, para que el príncipe la viese, Perico de Santerbás, famoso juglar del conde de Benavente. Alojóse la princesa en las casas de Lugo y de Cristóbal Juarez reunidas.

El príncipe, de incógnito siempre y disfrazado, mostrando ya su aficion á lo misterioso, salió de la casa en que estaba, y se trasladó á San Gerónimo, para entrar otro dia por la puerta de Zamora con el cardenal de Toledo, el conde de Benavente, el duque de



Alba, y otros grandes, mas sin ceremonia, y se aposentó en las mismas casas de la princesa, donde se le tenia preparada habitacion aparte, pero con comunicacion. A la noche salió cada cual de su aposento al salon en que habian de celebrarse las bodas. Al encontrarse los dos novios se besaron las manos y se abrazaron. Sentados luego cada uno bajo un dosel, el cardenal de Toledo los desposó con gran solemnidad, siendo padrinos el duque y la duquesa de Alba, y comenzó el sarao, bailando todos los personajes de ambas córtes <sup>(1)</sup>. A las cuatro de la mañana les dijo la misa y los veló el cardenal con asistencia de los prelados de una y otra nacion y de algunos grandes (15 de noviembre). Los dias siguientes se pasaron en torneos, cañas, corridas de toros, fuegos artificiales y otros espectáculos y diversiones de la época. Visitó despues el príncipe los conventos y colegios de aquella Atenas española, y luego partieron los príncipes consortes para Valladolid. En todos los pueblos del tránsito los recibian y agasajaban á porfia con fiestas y juegos de toros y cañas: en Tordesillas visitaron á su abuela la reina doña Juana (la Loca), que aun vivia allí olvidada de todo el mundo, la cual holgó mucho de

(1) «Acabóse el sarao, dice la Relacion, con una alta y una baja que danzaron los príncipes.»

En ella se hace una curiosa y minuciosa descripcion del traje que vestian cada dama y cada caballero.

Durante el sarao hubo una re-

ñidísima refriega entre los pages de la princesa y los del príncipe, en que anduvieron listas las espadas y las hachas, apellidando unos «Andalucía» y otros «Castilla», y de la cual resultaron algunos gravemente heridos.

verlos y los hizo danzar á su presencia; y pasando luego por Simancas, donde hallaron las calles de la villa alfombradas de paño, prosiguieron á Valladolid, cuya ciudad les hizo un recibimiento no menos magnífico que Salamanca.

Hiciéronse con tanto gusto, solemnidad y ostentacion estas bodas, porque este matrimonio habia sido eleccion espontánea del príncipe don Felipe, que por él habia repugnado y desechado el que el emperador su padre le propusiera antes con la princesa Margarita, hija de Francisco I. de Francia, como medio para hacer la paz con el francés, y que cesasen las guerras en que entonces Carlos y Francisco andaban envueltos: y tambien, y con otro fin semejante se habia tratado de casarle con doña Juana de Albré, hija única de don Enrique <sup>(1)</sup>. Por lo mismo fué mayor su satisfaccion cuando por fruto de su amor con la princesa María de Portugal, vió nacer en Valladolid al príncipe Carlos (8 de julio 1545), el que tuvo despues el trágico y malaventurado fin que mas adelante veremos <sup>(2)</sup>. Y por lo mismo fué tambien mayor su amargura de perder á su esposa, que sucumbió al cuarto dia de haber dado á luz al príncipe, apenas habian gustado uno y otra las dulzuras conyugales, teniendo que consolarle su padre con el ejemplo

(1) Capítulos con respuestas marginales sobre los tratos de este casamiento: Archivo de Simancas, Estado, leg. 54.

(2) Carta de Felipe II. al emperador (9 de julio), noticiándole el nacimiento de su hijo.—Simancas, Estado, leg. 69.